

pero quedó sobre tu ceño adusto el resplandor de las sagradas iras.

Salvaste á la República en tu agosto deber. Señor, estás aquí por eso, y porque fuiste grande y fuiste justo.

En tus hombros de Atlante cayó el peso del porvenir; tuviste la energía de conducir un mundo hacia el progreso á través del dolor y la agonía.

—La Patria, al recordar tus heroísmos, se estremece de orgullo todavía.

Porque entre tus terribles cataclismos y sus fastos gloriosos, Señor, eres como una luz que alumbró los abismos.—

Ni el odio temas, ni el olvido esperes; no es efímera y vana tu grandeza.

¿Vive la Libertad? Pues tú no mueres.

La apoteosis inmortal empieza; la de tu raza en ti, la que parece una gran sombra en una gran tristeza.

La que, fosca y callada, languidece, y en su informe quimera primitiva, no sé qué sueños pavorosos mece.

Padre, es preciso que tu raza viva; ella fué heroica como tú; es preciso que recobre la fe tu raza altiva.

Padre, de tu cabaña, de improviso, salió firme, tenaz, clarividente, como con un fulgor de paraíso,

tu alma indígena. . . . Entonces, en Oriente hubo aurora, y el sol de tus montañas con dardo de oro se clavó en tu frente.

Y fuiste conductor del pueblo; — ¡extrañas vidas, las que esperarás á que el sol hiera con dardo de luz vuestras cabañas,

mirad este alto ejemplo! — Lisonjera es la esperanza, ¡oh, Padre! Pero, dime: ¿se cambiará el erial en sementera?

Tú, el hombre de la fe, la fe sublime; para sembrar, da nervio á nuestra mano, y en nuestras almas tu vigor imprime.

Que en el glorioso «excelsis» soberano, se cante el nombre del plebeyo fuerte, de austeridad viril, como un romano;

que en nuestro libre espíritu despierte la admiración por tí, cuya existencia tranquila y pura sorprendió la muerte.

Que nos envuelva, cual divina esencia, la Libertad; pues que también nos diste la santa libertad de la conciencia.

Y que en el fondo de tu raza triste se encienda el ideal, como en la obscura noche se enciende un pálido amatista.

Que se levante siempre la blancura de tu soberbio mármol, que las rosas incensen con fragancias tu figura.

Que suban hasta ti las mariposas, que á ti vengan los pájaros contentos á sacudir las alas temblorosas.

Que te ofrezca la cauda de los vientos, bañados, cual las aves en rocío, en lágrimas de amor, los pensamientos.

Y así como en la paz, en la contienda, en dócil calma, ó en furor bravío, como á una ara magnífica y tremenda, llegue á regar las flores de su ofrenda y á bendecirte, el pueblo, ¡Padre mío!

NÚMERO 124.

Discurso pronunciado por el señor don Enrique C. Creel, Secretario de Estado y del Despacho de Relaciones Exteriores, en la apoteosis de los héroes de la Independencia, el 6 de octubre de 1910.

Señor Presidente:

Señoras y señores:

La Patria mexicana, penetrada de gratitud y amor, rica con todos los dones que le ha prodigado la Naturaleza y orgullosa de todas las grandezas y las glorias que han cosechado para ella con sus esfuerzos los héroes y con su sangre los mártires, alza hoy en este recinto un templo; en ese templo, altares, y vertiendo en ellos flores y quemando ante ellos perfumes, glorifica y enaltece á sus redentores y entona en su honor himnos triunfales.

El hombre sería indigno de su grandeza y la humanidad no merecedora de los inmensos bienes de que disfruta, si no se mostraran gratos á todo cuanto los colma de bendiciones, lo mismo al astro que alumbró su cielo, que á la flor que perfuma sus campos, y lo mismo al fruto que los nutre, que al techo que los cobija y á la mano providente que los protege.

Agradecer el beneficio pasado es sembrar el bienestar futuro. Olvidar lo que se debe es comprometer, no sólo la propia y personal dignidad, sino también la bienandanza de mañana; y, por el contrario, reverenciar el pasado es mejorar el presente y preparar el porvenir.

El instinto, primero, el sentimiento, en seguida, y la razón, al fin, han sugerido al hombre el culto universal de los muertos, el respeto á la tradición y la veneración por los grandes hombres y por los grandes hechos que conmemora la Historia; y la frente de la humanidad se ha doblegado siempre respetuosa ante todo lo que fué, si ha sido amado; ante todo lo que desapareció, si ha sido grande, y ante todo lo que se extinguió, si fué luminoso.

Cada día vivimos más á expensas de los muertos. El pasado penetra y determina nuestro presente, y cuando, en tribulación de culto, volvemos hacia atrás la vista, no hacemos sino prepararnos para seguir con mayor firmeza nuestra marcha y continuar avanzando cada vez más adelante.

¿Qué será, pues, cuando, al recordar los hombres y los hechos, y al hojear las páginas de nuestra Historia, y al recitar los romances de nuestra leyenda, recorremos un camino triunfal cuyas etapas son gloriosas proezas y en cuyos lindes se levantan figuras heroicas?

La Historia de México moderno, á partir del Grito de Dolores

hasta el abrazo de Acatempan, y desde el abrazo de Acatempan hasta la celebración del Centenario, es una gloriosa epopeya en que los héroes luchan con los dioses, en que los titanes escalan los empires, en la que el derecho triunfa de la opresión, en la que el débil vence al fuerte, y en la que el poder incontrastable de la justicia y el empuje incommensurable del progreso rompen los valladares del pasado para abrir nuevos y más amplios cauces á las corrientes fecundas del presente y del porvenir.

Esa epopeya ha tenido sus Aquiles y sus Ulises. En sus mares procelosos han navegado Argonautas, se han desencadenado las furias de Eolo y de Bóreas, y han cantado, seductoras, las sirenas. Y el preciado galardón de tan audaces empresas; el codiciado vellocino prometido al valor, á la constancia y á la virtud ha sido esta Patria una y libre que debemos á nuestros emancipadores, y que sus continuadores han sabido engrandecer y enriquecer.

A ellos venimos á rendir culto y á tributar homenaje; ante sus imágenes, redivivas en la memoria del pueblo mexicano y palpitan en su corazón, como ante sagrados iconos, doblamos la rodilla; y puestas en lo alto de nuestras aspiraciones y elevadas como hostias nuestras almas, entonamos el hosanna triunfal y glorificador de nuestros héroes y de nuestros mártires.

Son legión. Ni pueden ser enumerados, ni sus proezas contadas.

En cuatro grandes grupos los glorifica la Historia: los precursores, en el martirio algunos de ellos, como Talamantes y el Licenciado Verdad; los iniciadores, á cuya cabeza se halla Hidalgo, que el amor del pueblo llama hace años «Padre de la Patria;» los continuadores, que Morelos y Mina acaudillaron, y los consumidores, entre los que descuellan Iturbide y Guerrero.

Sin duda alguna que de entre todos ellos, el grupo de iniciadores, é Hidalgo por ende, se destaca más vigorosamente en el conjunto, solicitando, no sólo la atención, sino la preferencia, y no sólo el respeto, sino la veneración.

¡Iniciador! ¡Qué heroísmo! La parvada sigue el vuelo de la primera ave que se levanta.

Secundar: nada más fácil. Emprender: nada más difícil.

Levantar la voz de la protesta en medio del coro de la adulación; ser el primero que marcha mientras todos los demás descansan; alzar antes que nadie la vista al cielo, en tanto el rostro fija su mirada en la tierra; caminar audazmente hacia adelante cuando sólo se ve caminar para atrás; lanzar los clamores de Isaías en medio de las agapas de Petronio, y escribir el *Mane, Thecel, Phares* en los muros que abrigan el festín de Baltasar: no puede darse mayor audacia ni mayor heroísmo.

Y sentir antes que el mismo esclavo el peso del yugo; llorar, antes que lllore el siervo, la servidumbre que lo agobia, y apurar, antes que el oprimido, la hiel de su oprobio: nada puede haber de más grande y de más noble.

Hidalgo resintió primero que nadie esos dolores, apuró antes que nadie esos amargos cálices y se alzó primero que nadie en armas contra esos abusos.

Y más resaltan sus grandezas y más se agigantan sus merecimientos cuando se piensa en que la mano que se levantó amenazante contra el poderío colonial estaba inerme, y que alrededor del rebelde apenas si se agrupaban dos ó tres audaces y un puñado de indígenas, más bien estupefactos que entusiastas y antes sumisos que emprendedores.

Con este puñado de indefensos, Hidalgo se lanzó á la tremenda lucha.

Felizmente para su causa, su llamamiento había sido escuchado. La campana de Dolores había vibrado en el corazón de todo un pueblo y despertado los sentimientos, poco antes dormidos, que anidaban en todos los rincones de la colonia.

Aquel puñado fué pronto una multitud; la gota se había hecho torrente y adquirido impulso, y ya devastador, arrolló en el Monte de las Cruces los diques que el Gobierno Colonial quiso ponerle. Aquel día pudo Hidalgo haberse precipitado como una avalancha sobre la Capital, y consumado, con un golpe de audacia, la Independencia. Pero su triunfo, á pesar de los ya alcanzados en la campaña y sobre todo en Granditas, pareció, antes que entusiasmo, producirle asombro; y alejándose de la Capital, comprometió su causa y sus conquistas.

Aquel error le costó la vida. El triunfo de las Cruces se desenlazó en el patíbulo de Chihuahua, y sin el grupo de los continuadores y de su colosal caudillo Morelos el Gobierno Colonial hubiera, acaso, perdurado en nuestro territorio.

Morelos, como Mina, era rayo en la guerra. Estratégico genial, táctico instintivo, pero superior, recogió el estandarte de las manos de Hidalgo, lo hizo ondear de nuevo y lo condujo á la victoria.

Inició sus campañas con sólo veinticinco hombres mal armados, y después de pasearlos triunfantes por Petatlan, Tecpan y Coyuca, llegó á Acapulco, al que puso cerco con tres mil hombres. Unido á los ilustres Galeanas, Morelos libró y ganó la batalla de Tres Palos, y aunque obligado á levantar el sitio de Acapulco, alcanzó victorias señaladas en Chichihualco, se apoderó de Chilpancingo y Tixtla y persiguió al enemigo hasta Chilapa. Todos fueron triunfos suyos, desde Chiautla hasta Cuautla, á donde el famoso don Leonardo Bravo lo acompañaba, y llegó, desde Chalco, á amenazar la Capital.

El sitio de Cuautla corona de gloria la carrera militar del gran Morelos. Dícese que, al tener de él noticia el más grande de los capitanes del mundo, aplaudió y envidió al modesto y genial Cura de Nocupétaro.

Y todavía, después de haberse visto obligado á romper el cerco y á escapar á la saña de sus enemigos, encuentra manera de llegar hasta Orizaba y apoderarse de ella, de sobreponerse á su derrota en las cumbres de Acultzingo, de reorganizarse y de marchar sobre Oaxaca con cinco mil hombres y cuarenta cañones que su genio de organizador sacó de las entrañas de la tierra y que acaudillaban él, Matamoros, Galeana, Miguel Bravo, Victoria, Mier y Terán, y Sesma.

En Morelia el destino puso fin á sus triunfos. A partir de ahí, concluyó el Tabor para comenzar el Calvario. Y aquel ser portentoso, grande hasta lo colosal, Generalísimo que sólo quería llamarse «siervo de la Nación,» estratégico y táctico incomparable, legislador sabio, filántropo exquisito, que escribió su evangelio político y social en su manifiesto «Sentimientos de la Nación,» cayó en el patíbulo de San Cristóbal Ecatepec, purgando con su sangre el delito de haber sido el más grande de los patriotas y el más glorioso de los caudillos.

Muerto Morelos, sólo quedaron dispersos y sin lazo de unión algunos patriotas levantando en alto el pendón de la Independencia; y después del desastre de Bravo en Cópore; del de Pedro Torres en el Bajío; de la aprehensión de Bravo, de Verduzco y de Rayón; del asesinato de Licéaga, y del fusilamiento de Pagola y Bermeo, la causa de la libertad parecía aniquilada y sin remedio perdida.

Pero aun quedaba en pie, en las montañas del Sur, que le sirvieron de refugio, primero, y de pedestal, después, el indómito Guerrero, que supo mantener en alto la bandera insurgente y dar tiempo al caballeresco Iturbide para bien meditar de qué lado estaban su gloria y su deber y para poner al servicio de la causa independiente la tajante espada que el Gobierno Colonial había puesto en sus manos, el corazón generoso que latía en su pecho juvenil y la chispa de su inteligencia privilegiada.

Así consumamos nuestra Independencia. Levantamos la imagen de la Patria libre, de la Patria triunfante en medio de un lago de generosa sangre y sobre un hacinamiento de cadáveres de héroes y de mártires.

Todas las virtudes humanas estaban representadas en esa pléyade de caudillos. La audacia, en Hidalgo; el genio, en Morelos; el avasallador empuje, en Mina; la caballeresca abnegación, en los Galeanas; la generosidad y la clemencia inauditas, en Nicolás Bravo; la grandeza de alma, en Allende y en Matamoros; la pertinacia irreducible, en Guerrero, y la indómita altivez, en Victoria.

Al ensalzar y reverenciar la memoria de tanto héroe y de tanto prócer, no hacemos más que rendir culto á todo cuanto de grande y de magnificante llevan en el corazón el hombre y la humanidad.

Nuestra Independencia tiene de profundamente significativo, de hondamente trascendental y de altamente consolador que es ella la más noble y grande de las causas y que á su servicio se pusieron, para hacerla triunfar, los más grandes y nobles de los hombres.

Pero, señores, sería negra y repugnante nuestra ingratitud si esta apoteosis no elevara al solio, ni quemara incienso, ni entonara himnos más que para aquellos, grandes como son, que consumaron nuestra Independencia política, y olvidara á quienes, igualmente grandes y admirables, la han completado, consolidado y abrillandado.

Emanciparnos de la tutela de la Metrópoli era una empresa ardua, noble y gloriosa; pero no era la única que había que acometer. Eramos, acaso, más siervos en lo moral, en lo social y en lo económico, que en lo político. Las esposas de nuestras manos eran menos duras y pesadas que las cadenas de nuestra conciencia. Eramos más libres en la acción que en el pensamiento; y en el orden económico, es decir, en lo que de más útil tienen las funciones de la vida pública, caminábamos con mil tropiezos, sintiendo el yugo de nuestra miseria.

Teníamos, á la inversa de los titanes de las leyendas escandinavas, no los pies en el fango y la cabeza en las nubes, sino la planta en el oro y la plata de nuestras minas, y nuestros brazos se agitaban en el vacío de la nada industrial. Nuestros campos, emporio de fertilidad, estaban eriazos; nuestros talleres, cerrados, y nuestra nacionalidad, hecha girones, esparrajada en un territorio inmenso, des poblado casi, é intransitable.

Para llegar á ser una Nación libre, necesitábamos romper las últimas trabas, abolir los últimos privilegios, decretar el Derecho y preparar el advenimiento de la Justicia. Juárez, el inmortal, rompió esas trabas, abolió esos privilegios y preparó ese advenimiento y también consumó nuestra segunda Independencia.

Gracias á él, la conciencia nacional, rotas las rejas de la cárcel en que vivió encerrada, tendió el vuelo á las más altas cimas, pudo adorar al Dios que sus efusiones le señalaban como el más digno de culto y escurrir los arcanos de la Naturaleza sin temor al calabozo de Galileo, ni á la hoguera de Giordano Bruno.

Por este concepto y en este sentido, los Juárez, los Ocampo, los Lerdo de Tejada, los González Ortega y los Zaragoza merecen también lauros é incienso y su altar en esta apoteosis.

Después de ellos, quedaban como valladares insuperables el de nuestra tradicional miseria, el de nuestro completo descrédito, la falta de orden, la carencia de garantías é ignorado el progreso material.

Libres en la política, libres en lo moral y en lo social, éramos siervos de nuestras escaseces. La frente que se levantaba altiva ante las potestades de la tierra, tenía que doblegarse humillada ante el agiotista. A semejanza de los hijosdalgo que la literatura nos pinta, éramos orgullosos, y paseábamos, petulantes, nuestra hidalguía envuelta en los harapos de nuestra pobreza.

Eramos un país rico y padecíamos hambre crónica. Poseíamos todos los climas y casi no cosechábamos ningún fruto. Por los ámbitos de nuestro vasto territorio, cuando no se levantaba la cordillera, se tendía el desierto. Carecíamos de caminos, de seguridad pública, de garantías á la propiedad. El trabajo solía tener como única recompensa el despojo y la exuberancia de la vida solía conducir sólo á la muerte.

El tiempo había de llegar en que una nueva redención se iniciara y se consumara para el pueblo mexicano. Era fuerza realizar una nueva epopeya, una odisea de la paz y del trabajo; y al Ulises de esa nueva epopeya no necesito nombrarlo.

Venciendo obstáculos al parecer insuperables; luchando contra rancias preocupaciones y añejos errores; haciendo frente á los hombres, tanto como á las cosas y á las ideas, emprendió, y la logró, la regeneración del país.

Gracias á él y á la trascendencia de su obra, reinan la paz y la prosperidad; la Nación Mexicana disfruta de alto crédito y es objeto de las atenciones y agasajos de todos los pueblos civilizados; gracias á él, hemos podido solemnizar nuestro Centenario y esta magna apoteosis con incomparable magnificencia, entre el aplauso y las cordiales manifestaciones de simpatía de todas las Naciones del orbe y en medio de las aclamaciones de un pueblo libre, próspero, culto y feliz.

Así considerada, esta solemnidad se agiganta. Esta glorificación abraza, no sólo á los héroes y á los mártires de nuestra lucha de Independencia. Nuestra gratitud y nuestra veneración se extienden aún, y sucesivamente, á los prohombres gloriosos de la Reforma, y también incluye, y debía incluir, al magno gobernante; al fundador de la paz, del crédito y de las riquezas nacionales; al educador, con su ejemplo, con las instituciones que ha creado y con los códigos que ha expedido, del pueblo mexicano, y á quien la posteridad llamará el consolidador de nuestra Independencia.

A todos estos héroes aclamemos, á todos esos benefactores bendigamos, á todos esos triunfadores ensalcemos.

Y ¡qué momentos tan solemnes son éstos! Aquí se encuentran sobre el altar de la Patria los restos venerados, las reliquias sacrosantas de algunos de los héroes de la Independencia, y aquí están con nosotros los espíritus fuertes de todos ellos.

Aquí están los Excelentísimos Embajadores y Delegados de Naciones amigas, que con su altísima representación rinden honores á los héroes de la Independencia y dan solemnidad excepcional á este acto patrio.

Aquí, en el país, está el Representante de la gloriosa España; de ese Ejército que llevó su pabellón triunfante y victorioso á los dos Continentes; de ese mismo Ejército que luchó con los caudillos y sol-

dados de la Independencia; y el Excelentísimo Embajador, Capitán General Marqués de Polavieja, rinde homenaje á México y á sus héroes, estrechando más y más nuestros vínculos con la Madre Patria y moviendo la emoción, las simpatías y el cariño del pueblo mexicano.

Aquí está la noble mujer mexicana, la que lleva en sus venas la sangre de Cuauhtémoc y de Pelayo, la que ha formado el corazón de los héroes y de los mártires y ha inspirado el patriotismo y la fe de sus hazañas.

Aquí está el pueblo, el sucesor de los egregios mexicanos que se distinguieron en los grandes episodios y en las grandes etapas de nuestra Historia; aquí se encuentran los representantes de todos los cultos y de todos los partidos políticos, y en estos momentos solemnes hemos olvidado toda causa que pudiera separarnos, para agruparnos con respeto y con veneración, y estar en gracia cerca del altar de la Patria, para depositar nuestra ofrenda á los caudillos y a los soldados de la guerra de Independencia; pero esto no basta. Debemos también depositar nuestros votos por la unión de la familia mexicana, por el amor á la tierra que ellos nos legaron, por la fe y la lealtad á nuestra bandera, y ofrecer, además, el sacrificio de nuestra vida para conservar incólume á la Patria mexicana.

Todo cuanto hemos podido realizar de grande, de útil y de bueno; todo cuanto de próspero y feliz incluye y entraña la Patria mexicana; todos nuestros clamores de entusiasmo; todos nuestros corazones transportados, reunámoslos en una sola grandeza, en un solo himno, en una sola ofrenda y depositémosla en el altar que hoy levantamos á los que nos dieron Patria, á los que nos dieron libertades, á los que nos dieron paz y riqueza y á los que nos han hecho dignos del amor y del respeto de toda la humanidad.

NÚMERO 125.

Discurso pronunciado por el señor Presbítero don Agustín Rivera, Doctor de la Universidad Nacional de México, en la apoteosis de los héroes de la Independencia, el 6 de octubre de 1910.

C. Presidente de la República:

Honorables Ministros Extranjeros:

Conciudadanos:

He subido á esta tribuna con el temor y el encogimiento del pobre orador laguense que viene á hablar á una numerosa asamblea de sabios, de hombres de Estado, de celebridades nacionales y extranjeras: *frequens conspectus vester*. Sobre todo, me siento muy pequeño delante del héroe de la Carbonera y del 2 de abril, del que ha gobernado esta Nación por más tiempo que otro alguno en el espacio de seis siglos, del gran gobernante que durante veintinueve años ha mantenido la paz y el orden en la República Mexicana y la ha hecho progresar en todas líneas. Inglaterra, los Estados Unidos, Francia y casi todas las Naciones de Europa son pueblos que han llegado al apogeo de la civilización, que ya están encauzados en el orden, y en los que con poca acción del Gobierno (poca, digo, relativamente), el pueblo sigue el camino de la paz y el orden, porque cada individuo tiene conciencia de que la paz, el orden y el progreso nacional están identificados con los intereses de cada uno; pero México, Venezuela, las Repúblicas de Centro-América, las veintisiete Naciones hispano-americanas son pueblos jóvenes que fueron mal edu-

cados por España, á quienes es muy difícil mantener en orden, educar y gobernar, porque la educación de un pueblo dura un siglo y más. Porque nuestro gran repúblico Juan Antonio de la Fuente, en el Congreso Constituyente de 1856, hablando de pueblos como México, emitió esta sentencia: «El Gobierno no es el simple representante de las ideas y la voluntad del pueblo, sean cuales fueren esas ideas y esa voluntad, sino el representante y el *mentor* del pueblo.» Al emitir mi juicio sobre el Gobierno del General Díaz, no temo que se atribuya á adulación, porque yo no digo sino lo que dicen los que son autoridades en la materia. Sobre todas las teorías de que es muy fácil gobernar una Nación, de progresos *per saltum*, de pretensiones de un gobierno de ángeles, de optimismos y utopías, está la autoridad de los hombres de Estado nacionales y extranjeros. Testigos estas fiestas, á las que han venido los Representantes de muchos Gobiernos de Europa, América y Asia, y no han venido con las manos vacías, sino á presentar valiosísimas ofrendas en testimonio de respeto á un buen Gobierno; pues nadie va al país de las Batuecas ni á presentar ofrendas al Preste Juan.

Si yo hablara ante un Presidente de la República como don José Justo Corro (á quien traté) ó don Javier Echeverría, ni lo mentaría, teniéndolo como pintado en la pared; pero al hablar un orador ante un Victoria, un Juárez ó un Porfirio Díaz, dejar de presentarle un testimonio de respeto en el exordio, que es la salutación al auditorio, no lo permiten las reglas de la oratoria¹ ni el ejemplo de los oradores clásicos, como Cicerón y Bossuet.

Ciudadanos españoles: al conmemorar nuestra Revolución de Independencia, yo no vengo á zaherir á vosotros ni á nadie, porque este lugar no es el púlpito del Padre Bringas, sino la tribuna de la democracia y la tolerancia del siglo XX. Máxime que vosotros no sois los españoles de 1810, los fanáticos hijos de Fernando VII y de los frailes dominicos inquisidores, sino los hijos ilustres é imparciales de los españoles hermanos nuestros: de un Javier Mina, de aquel Santa María que murió en Chihuahua en un cadalso juntamente con Hidalgo, de un Juan de la Granja, Juan Prim, Nicolás Régules y Alfonso XIII, que nos ha devuelto las reliquias de nuestro Morelos como una protesta contra la guerra de España á México. Mas á vosotros y á todos los que me escuchan os diré, con Horacio, que si os concedo mi tolerancia de vuestras respectivas opiniones, espero que me concederéis vuestra tolerancia de las mías en lo que difieran de las vuestras: *hanc veniam petimusque damusque vicissim*.

¿Y qué diré á vosotros, mis jóvenes amigos, la flor, la espiga y las esperanzas de la Patria? ¡Un hombre con la frente inclinada hacia el suelo por el peso de la edad, con la mirada lánguida y la voz débil por la falta de la vida, con un corazón de ochenta y seis años, siete meses, semejante al fogón olvidado en que ya no hay más que cenizas, hablar á una juventud florida de entusiastas oradores castelanos, de inspirados poetas líricos y dramáticos, novelistas, periodistas, pintores, actores, cantores y músicos! ¡Ah, señores, en las fiestas del Centenario yo soy un anacronismo! Empero, de los venerables restos que recuerda esa urna, brota la inspiración, y al soplo del espíritu de Hidalgo, en este viejo fogón se levantará la llama, y de esta vieja frente y estos labios brotará la luz.

La apoteosis de los Padres de nuestra Independencia: He aquí el objeto de mi discurso. Hidalgo, Allende, Morelos, Jiménez, los

¹ «Ars Dicendi» por el sabio jesuita alemán Kleutgen, libro I, cap. 4, art. 2.

Aldamas, Ignacio Rayón, Matamoros, Galeana, Guerrero, Moreno, Mina, los Bravos, Rosales, José María Mercado, doña Josefa Ortiz de Domínguez, Epigmenio González, los dos José Antonio Torres, José María Chico, José María Cos, Abasolo, Victoria, Manuel Terán y otros no caben en un discurso; necesitan libros, por lo que sólo dará algunas pinceladas sobre ellos y principalmente sobre el Padre Hidalgo.

Pero un hombre que no ha sido militar, que nunca ha presenciado una batalla campal, un hombre de sacristía ¿cómo puede calificar á los guerreros? ¿Cómo puede un Agustín Rivera comprender á un Hidalgo? ¡Triste verdad! Señores: yo no traigo á esta tribuna más que mi corazón. Mi alma de polluelo ha sido alimentada con la médula de los cedros del Líbano, con las magnificencias de la naturaleza física y moral. Vi muchas veces la salida y la puesta del sol en alta mar; he visto á Nápoles *e poi morire*; escuché muchas veces cerca de mí el estallido del rayo que desgajaba los pinos de la Sierra Madre; viajé á caballo hasta El Manzanillo y estreché la mano de Juárez en las orillas del Pacífico. En mi niñez fui educado con Salustio, Cicerón, Virgilio y Horacio, y la mayor parte de mi vida me he alimentado con la Biblia, con la Historia de la Antigua Grecia, especialmente las *Vidas* de Plutarco, que produjeron el *Emilio*; con la de la Antigua Roma; con la de la gran Revolución Francesa del 89, y con otros muchos libros semejantes. Pero ¡qué digo la *Eneida* y las *Vidas* de Plutarco!; la *Historia de la Intervención Francesa en Michoacán* por Eduardo Ruiz, es una epopeya que produce en el alma un grande amor á lo bello, á lo heroico, á lo sublime. Es por esto que creo comprender á un guerrero; á Hidalgo y Allende en Guanajuato y en el Monte de las Cruces, á Morelos en Cuautla, á Jiménez en Aguanueva, á Matamoros en San Agustín del Palmar y en Tonalá, á Galeana en Asayac, á Moreno y Mina en San Juan de los Llanos y en el Sombrero, y á Guerrero en las orillas del Mezcala. En lo más recio de una batalla se presenta un guerrero montado en su caballo predilecto, en un caballo que relincha al oír el toque de un clarín; silvan las balas junto á su cabeza y él dice con la sonrisa de Napoleón I: «No se ha fabricado todavía la bala que me ha de matar;» en medio de los estampidos del cañón y el humo del combate, al sonar las trompetas de la Patria, con una confianza cierta de la victoria, á la cabeza de centenares, de millares de hombres que le aman, que le obedecen, que le siguen á todas partes, que á su voz ejecutan hazañas, pifando su caballo sobre cadáveres tendidos en el campo, de hombres que murieron con placer por su Patria y por su jefe, él entiende bien aquella palabra de la Biblia: que Dios crió al hombre para ser el rey de la creación: *super omnem animam*.¹

Por la Historia consta que todas las revoluciones sociales se han hecho por el pueblo bajo, dirigido por hombres superiores. Respecto de la Revolución del Cristianismo, nada diré de su propagación por doce pescadores por todo el mundo conocido, porque este hecho fué un milagro; mas en los tres primeros siglos, los cincuenta y más millones de hombres que profesaron el Cristianismo, en su inmensa mayoría eran de la clase baja, y todavía á mediados del siglo IV, Juliano el Apóstata echaba en cara á los cristianos que sólo los esclavos, los ennuocos, los campesinos, las viudas y los huérfanos pobres, que sólo la plebe profesaba la religión de ellos.² Los ciento veinte que al

¹ Libro del Eclesiástico, cap. XLIX, verso 19.

² Calment, «Comentario á la Epístola 1ª de San Pablo á los Corintios,» cap. I, verso 28.

mando de Colón descubrieron el Nuevo Mundo, eran de la hez del pueblo de España; no pocos eran judíos, que formaban la clase más abyecta y despreciable, y los judíos tienen el orgullo de que el primero que vió tierra, que fué Rodrigo de Triana, era judío. La gran Revolución Francesa del 89 fué hecha por el pueblo bajo, dirigida por los filósofos, los girondinos y los jacobinos; y nuestra Revolución de Independencia fué hecha por la raza india, dirigida por Allende, Morelos y los demás jefes y principalmente por Hidalgo.

Uno de los grandes méritos de Hidalgo es el haber enseñado á la raza india lo que vale un pueblo. Os ruego, señores, que os fijéis en esta frase: *lo que vale un pueblo*. Es verdad que, como refiere don Lucas Alamán, la raza india, durante trescientos años hasta 1810, siempre tuvo la creencia de que ella era la dueña de la tierra mexicana y siempre miró á los españoles como extranjeros é injustos dominadores; pero no pasaba de allí, no osaba mover pie ni mano. Los indios estaban embrutecidos, enervados y convertidos en animales de carga. Sin embargo, los hombres enervados al cabo son seres racionales, dotados de entendimiento y voluntad: su entendimiento puede ser iluminado por la palabra de un sabio, y su voluntad adquirir grandes energías á la voz de un héroe. Así sucedió en México. Hidalgo, puesto en pie en el umbral de su templo, con la palabra clara, convincente y conmovedora del genio, iluminó las almas de aquellos parias, les hizo ver los grandes males del Gobierno Colonial y los grandes bienes que resultarían de la Independencia, y ellos lo comprendieron, porque eran ignorantes, pero no eran tontos, y corrieron luego á armarse, unos con machetes, otros con lanzas, con coas, con flechas y con hondas. Esto pasó al amanecer del 16 de septiembre, y á las doce del día, Hidalgo, montado en su caballo negro, salió de Dolores para San Miguel el Grande á la cabeza como de ochocientos indios, unos á caballo y otros á pie, y á los seis días entró en Celaya á la cabeza de cincuenta mil indios. Antes del Grito de Dolores, los indios, cuando mentaban al Virrey ó á la Inquisición, bajaban la voz y no osaban mover pie ni mano, y después que les habló Hidalgo repetidas veces, dijeron: «¡Nosotros valemos más que el Virrey; más que la Inquisición y que los condes, duques y marqueses y que todos sus cañones y ejércitos!» A la voz de Hidalgo, los indios vencieron lo que hay más difícil de vencer por el hombre, y aún por los sabios: las añejas preocupaciones en materia de religión; como los sabios siameses que adoran al Elefante Blanco, y los sabios judíos, que todavía están esperando que «las nubes lluevan al Justo.» Antes de Hidalgo, los indios, durante trescientos años, eran como una manada de ovejas, manejadas por sus curas frailes á su arbitrio, justa é injustamente, y ellos no osaban levantar la cabeza ni pronunciar una palabra contra sus sacerdotes, aunque fuera un abuso, teniendo el hablar como un pecado gravísimo, como un sacrilegio; y después, á la voz de Hidalgo, no hicieron caso de las predicaciones de sus curas y, más aún, no hicieron caso de las excomuniones de los obispos. A los dos meses diez días del Grito de Dolores, Hidalgo entró en Guadalupe á la cabeza de ochenta mil indios y se presentó en Calderón á la cabeza de noventa y tres mil indios. Y muertos Hidalgo, Allende y los demás jefes, los indios siguieron combatiendo con valor á las órdenes de Morelos, José Antonio Torres, Víctor Rosales y otros jefes; y muertos éstos, siguieron combatiendo á las órdenes de Mina, Moreno, el Padre don José Antonio Torres—defensor del fuerte de San Gregorio—, Guadalupe Victoria, Manuel Terán y Vicente Guerrero; y en fin, al cabo de luchar los indios denodadamente durante

once años contra todo el poder de los virreyes y contra todo el poder del sacerdocio, triunfaron por la opinión nacional en 1821, viendo brillar el águila de sus antiguos reyes aztecas, el águila parada en un nopal, en el pabellón nacional.

En el puente de Calderón, Calleja, á la cabeza de ocho mil hombres, ganó la batalla á Hidalgo á la cabeza de noventa y tres mil. Fácil victoria, porque aquél tenía un ejército bien armado y disciplinado, y éste no tenía ejército, sino una turbamulta de indios que se estorbaban los unos á los otros. En Maratón, Milciades, á la cabeza de un ejército de once mil griegos, ganó la batalla á Darío el Persa á la cabeza de una turba indisciplinada de ciento diez mil persas. En Salamina, Temístocles, á la cabeza de un corto ejército de griegos, ganó la batalla á Jerjes á la cabeza de una turba indisciplinada de trescientos mil persas; y Séneca dice: «Entonces entendió Jerjes cuánto se diferencia una turba de un ejército:»—*Xerxes intellexit quantum al exercitu turba differat*.—

En Calderón, al cabo de seis horas de un reñido combate, huyeron los indios y huyeron los jefes. Hidalgo anduvo á caballo cuarenta leguas en veinticuatro horas, á saber, desde Calderón hasta la hacienda del Pabellón, en jurisdicción de Rincón de Romos. Alamán se burla del pobre Hidalgo fugitivo, y sin embargo, ése fué un camino sublime. Maximiliano, Miramón é Isidro Díaz siempre llevaban á la campaña pomadas exquisitas para perfumar el cabello y la barba. Hidalgo, no en la flor de su juventud, sino á los cincuenta y siete años, caminó cuarenta leguas en veinticuatro horas, trotando, galopando de día y de noche, con el cabello cano y despeinado, el vestido sucio y roto, el rostro tiznado por la pólvora, sufriendo los ardores del sol y los hielos del crudo enero, deteniéndose unos momentos para tomar un grosero alimento junto al metate y el comal de una choza y seguir galopando. ¿Qué pintor mexicano nos ha presentado este hermoso cuadro? Desgraciadamente nuestra pintura nacional está en mantillas.

San Agustín, copiando á Cicerón, dice: «Se hace la guerra para adquirir la paz:» *Bellum geritur ut pax acquiratur*. Allende, exponiéndose á la horca, viajó repetidas veces de San Miguel el Grande á Dolores, y de Dolores á Querétaro, aconsejando á Hidalgo que diera el Grito de Independencia, é Hidalgo caminó trabajosamente cuarenta leguas en veinticuatro horas para que nosotros camináramos sentados en cómodos cojines desde un mar hasta otro mar y desde Oaxaca hasta el Bravo. Morelos fué fusilado en San Cristóbal Ecatepec, y Matamoros en la plaza de Valladolid, Galeana asesinado al pie de un árbol como Cuauhtemotzín, José Antonio Torres ahorcado como Xicotécatl, Moreno asesinado junto á la roca del Venadito, para que nosotros disfrutáramos de las riquezas agrícolas, mineras, industriales y mercantiles, hijas de la paz. Nuestros padres, como Ignacio Rayón y Nicolás Bravo, largos años gimieron con grillos, y mudos, para que nosotros usáramos del don divino de la libertad del pensamiento, de la palabra y de la imprenta. Largos meses pasaban sin que nuestros padres tuvieran noticia de su esposa, de sus hijos ni de sus padres, para que nosotros por las vías postales, por el telégrafo y el ferrocarril nos comunicáramos con los hombres de las cinco partes del mundo. Testigos, estas fiestas del Centenario. En fin, «se hace la guerra para adquirir la paz.» Hidalgo y Juárez plantaron la frondosa oliva de Porfirio Díaz.

A principios de marzo de 1811, estando Hidalgo en el Saltillo, ya vencido y caminando para los Estados Unidos, recibió un oficio

en que el Virrey Venegas les ofrecía el indulto á él y á todos los insurgentes, si rendían las armas y prometían obedecer al Gobierno Español; é Hidalgo, antes de las veinticuatro horas, contestó al Virrey en un oficio que redactó y firmaron él y Allende, diciendo entre otras cosas: «Están resueltos (Hidalgo y los demás jefes) á no entrar en composición alguna, si no es que se ponga por base la libertad de la Nación y el goce de aquellos derechos que el Dios de la naturaleza concedió á todos los hombres. . . . El indulto, Sr. Excmo., es para los criminales, no para los defensores de la Patria. . . . Toda la Nación está en fermento. . . . La conmoción es general y no tardará México en desengañarse».

Estas palabras debían grabarse con letras de oro al pie de las estatuas de Hidalgo y de Allende: «Toda la Nación está en fermento.» Era muy cierto. Hidalgo, por medio de sus comisionados, había insurreccionado á la Nueva España desde Veracruz y Tehuantepec, inclusive, hasta Texas, inclusive. Esta insurrección general produjo la opinión nacional que consumó la Independencia en 1821, como lo confesó Iturbide en su proclama.

Murió Hidalgo; pero dejando multitud de hijos y herederos de su patriotismo, de su constancia en la lucha y de sus demás virtudes cívicas. Los realistas habían aprehendido en las montañas de Comanja á Guadalupe, niña de pecho, hija de Moreno, y la tenían cautiva en Lagos. Don José de la Cruz, Intendente de la Nueva Galicia, envió al fuerte del Sombrero, por medio del sacerdote don Pedro Vega y de don José María Gómez Portugal, vecinos de Lagos, un pliego en que á nombre del Virrey le ofrecía á Moreno el indulto y devolverle á su hija y sus bienes, si rendía las armas, y el héroe lagunense contestó á los comisionados rehusando el indulto con las mismas palabras de Hidalgo: «El indulto es para los criminales, no para los defensores de la Patria;» y habiéndole hecho observar los comisionados que si no rendía las armas, corría peligro la vida de su hija, les contestó: «Tengo otros hijos; tomadlos!» Era hijo de Hidalgo. El día 1.º de diciembre de 1815, don Francisco Rayón fué hecho prisionero en Talpujahua por el español Teniente Coronel realista don Matías Martín de Aguirre, quien mandó decir á don Ignacio Rayón, que á la sazón defendía el fuerte de Cópore, que si rendía las armas, le entregaría libre á su hermano, y que, de lo contrario, lo fusilaría. La madre de los Rayones, doña Rafaela López Aguado viuda de Rayón, le dijo á don Ignacio: «Que Francisco muera por la América, y tú y Ramón sigan defendiendo la América.» Esto respondió don Ignacio á Aguirre, y don Francisco fué fusilado.¹ Don Ignacio, don Francisco y la madre de ellos eran hijos de Hidalgo. En 1863, á los veintisiete Generales vencidos en Puebla por Forey, les ofreció éste el indulto si firmaban un documento que les presentó, por el que se obligaran á no seguir combatiendo. No lo quisieron firmar y aceptaron la pena de expatriación. Eran hijos de Hidalgo. A los Generales Epitacio Huerta, Ignacio Mejía y á otros muchos mexicanos expatriados en Francia, les ofreció Napoleón III el indulto y volver á su Patria, si le daban su palabra de honor de no seguir combatiendo. Ellos no quisieron dar su palabra y continuaron en su duro destierro. Eran hijos de Hidalgo. El día 9 de febrero de 1865, pasó en la ciudad de Oaxaca este diálogo, estampado en los fastos de nuestra Historia, entre el vencido General Porfirio Díaz y el vencedor Ba-

¹ «Glorias Nacionales» por el michoacano don Gerardo M. Silva, artículo «Rayón, doña Rafaela López Aguado,» de «México á través de los siglos,» libro II, cap. 14 y tomo III.